

Jorge Fin
Claros del bosque

9 de abril _ 18 de junio, 2022

Uno de los recuerdos más gratos que María Zambrano conservó de su obra *Claros del bosque* fue cuando José Ángel Valente le señaló la primera palabra: "naciente", pues "era esa la situación mía cuando rondaba por allí, cuando sentía en medio de la muerte, la muerte del morir todavía, nacer y la revelación del ser". La escritura de *Claros del bosque* vino a coincidir con la muerte de su hermana Araceli, el 20 de febrero de 1972. En soledad, María Zambrano siguió paseando durante meses por los alrededores de La Pièce, pequeño caserío en la montaña del Jura francés, donde las hermanas residían desde 1964. "Yo recorría aquellos parajes que fueron los de nuestra vida, con la misma espontaneidad y mirando, sin sentir la mirada. Yo miraba, recorría, no quería pensar". Testimonio de su entrega al entendimiento pasivo es *Claros del bosque*: "Y fue lo que se me impuso en aquellas correrías del bosque, de claro en claro, y de prado en prado, y de sendero en sendero. Todo me hablaba, todo me miraba, todo salía a mi encuentro, todo se revelaba, la palabra naciente. Porque yo vivía, sentía nacer la hierba, el polvo mismo, las sombras, todo estaba naciendo y crecía".

Jorge Fin cita en el título de esta exposición que presenta en La Casa Amarilla, y en sus obras, a María Zambrano. Con la pensadora, el pintor desea ser partícipe de la revelación que procura la luz *de lo opaco*, como acierta a ver Massimo Cacciari, para quien esa luminosidad particular es solo *de la sombra*; una luz, por tanto, que nunca llega a des-velar el lugar de la sombra, que es el claro. "Y lo que apenas entrevisto o presentido va a esconderse sin que se sepa dónde, ni si alguna vez volverá; ese surco apenas abierto en el aire, ese temblor de algunas hojas..."(*Claros del bosque*).

En el recuerdo de María Zambrano también el llanto amargo de aquel día lejano del invierno de 1934 que le provocó el rechazo paternalista del maestro Ortega, quien no supo ver en su temprano artículo "Hacia un saber sobre el alma" el comienzo de un camino de pensamiento donde la unión del conocer y del sentir tienen su morada en la palabra poética.

La entrega de María Zambrano al entendimiento pasivo, a "ese recibir que llega a concebir", que le permite sentirse y ser parte de todo aquello que la rodea, remite a los orígenes de la enseñanza de la filosofía, cuando se filosofaba paseando al aire libre, lejos de las ciudades, a la sombra de los árboles, en compañía del sonido de los arroyos y de los pájaros, a cubierto de las nubes que el viento arrastraba, dejando vagar la mirada, sin sentirla. Lo cuenta Santiago Beruete en su libro *Jardinofía. Una historia filosófica de los jardines*. Tomando como modelo las comunidades filosóficas de los pitagóricos, Platón fundó una escuela en Atenas en una propiedad fuera de las murallas de la ciudad y muy pronto se instaló en un jardín propio con pórticos y senderos arbolados; doce años más tarde, Aristóteles, su discípulo más destacado, abrió el Liceo conocido como El Peripato, donde se filosofaba caminando. Le sucedió el botánico y naturalista Teofrasto, creador del primer jardín botánico. En el año 306 a.C. Epicuro fundó en Atenas su escuela "El Jardín" cuyo propósito, a diferencia de la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles, era la búsqueda de la armonía, principio fundamental de Pitágoras, resultado de la conciliación de la mística y de las matemáticas. Un sendero de "abismos luminosos" en el que se adentró María Zambrano, tras "la voz ahogada de una sabiduría que los hombres no habían sabido merecer".

Dice un proverbio persa que quien construye un jardín se convierte en un aliado de la luz, pues ningún jardín ha surgido jamás de las tinieblas. Jorge Fin vive y pinta en la huerta de Murcia. En el último piso de la casa familiar se sitúa el estudio del pintor desde donde otea el horizonte de un paisaje que da continuidad a su huerto-jardín. Un lugar pensado para la contemplación y el disfrute de los sentidos. El estudio, perfumado con el olor de las naranjas y de la hierba, se contagia de los infinitos matices del color verde de árboles, plantas y hojas, y de la memoria ancestral, originaria, de la tierra y de las nubes, cuyo misterio el pintor busca representar en sus obras con "colores atmosféricos reveladores de una región intermedia entre cielo y tierra"; escribimos al dictado de María Zambrano.

En el fondo sigo pintando el mismo cuadro, confiesa Jorge Fin. Un cuadro siempre está haciéndose, supo María Zambrano. No podría ser de otro modo, cuando el propósito que anima su pintura es detener la mirada para forzar la visión, desentrañar "lo invisible que pasa solo rozando", le dice la voz de María Zambrano que le acompaña durante el tiempo de descanso a la sombra de la maleza y entre las enredaderas que rodean el huerto mientras riega los naranjos, o cuando se tumba en la hierba para contemplar el cielo, lo más parecido a un vergel, y sentir pasar las nubes, en continua transformación según las condiciones de la Tierra. En su diario de anotaciones sobre las nubes, Goethe observó: "Y, lo que teméis es, con segura conciencia, / que cuando arriba amenaza, abajo tiembla". [*Chus Tudelilla*]